

I. NUEVAS FORMAS DE SER MAYOR

Los nacidos en los años cincuenta, sesenta y setenta —la horquilla *boomer* de amplio espectro, sumando la generación X— conformamos un grupo de población en pugna permanente con la idea de ser mayores. Protagonistas de una época que otorgó a la juventud un papel estelar que nunca antes había interpretado y artífices de un cambio de mentalidad que llegó para quedarse, pensábamos que la categoría de jóvenes nos pertenecía y que sería nuestro emblema para siempre.

Tras el paso fugaz de las décadas, nuestra percepción de la vivencia de la edad sigue sin coincidir con los referentes que nos precedieron. Mientras fuimos jóvenes, nunca vimos a una persona de sesenta años con vaqueros, ni asistir a conciertos que no fueran de música clásica, ni hacer deporte de manera regular. Parecía que esas actividades y actitudes eran solo nuestras, inventadas por y para los jóvenes que éramos y que, por puro sentido común, dejarían de pertenecernos una vez franqueáramos la edad de nuestros padres. No ha sucedido tal cosa y los que

nos esforzamos entonces por conquistar un nuevo lugar para la juventud nos negamos ahora a apearnos del espacio que hicimos nuestro y que ya no asociamos a una etapa concreta, sino a una actitud ante la vida.

Esta paradoja se extiende a otros aspectos para los que tampoco hay unos precedentes que nos sirvan de guía. Muchos de nosotros somos aún demasiado jóvenes para retirarnos, pero demasiado mayores para tener jefe, como dice una frase generacional. No hemos renunciado a la idea de enamorarnos, pero creemos poco en el amor romántico. Sentimos el peso de los años en el cuerpo, pero aún pensamos que nos queda mucho por vivir. Nos hemos confrontado ya con la pérdida, pero no nos dejamos arrastrar por ella. Los referentes de nuestros padres y abuelos estaban tan lejos de lo que queríamos ser de mayores, en su forma de vivir y en su concepción estética de la vida, que hemos vivido el paso del tiempo como algo ajeno a nuestra identidad, como algo que en realidad no nos correspondía.

Hasta llegar a aquella generación que popularizó la ropa deportiva, la música pop, el sexo libre y la rebeldía juvenil, ser mayor tenía sus ventajas en algunos casos. La sociedad heteropatriarcal, tan autoritaria y jerárquica, colocaba a algunos señores mayores, aún presentes en forma de *señoros*, en la cúspide de la pirámide trófica; sometía a unas mujeres ignoradas y cosificadas al mandato masculino, se las relegaba de la vida social sin más opción que dedicarse a los cuidados, y condenaba a la inexistencia cualquier orientación que no fuera heterosexual. Los hombres eran los depositarios máximos de la autoridad y se hacían respetar más por temor a su poder que por amor genuino. Eran los primeros en comer y suya era la última palabra. El tiempo jugaba a su favor, acumulando posesiones y familia, contactos y estatus. Pero por muy bien que les fuera en su relación con el

paso del tiempo, esas figuras, añoradas quizás por algunos, no son lo que la mayoría de la sociedad diversa de hoy aspira a tener como referentes. A las mujeres y a los gays ese modelo nos es completamente ajeno, pero a muchos hombres heterosexuales de hoy, también.

Los integrantes de las generaciones más numerosas de la historia, en los países occidentales, estamos llegando en tromba a una edad en la que los referentes del pasado no nos sirven en absoluto como modelo para afrontar esta etapa de la vida. Eso nos coloca en la extraña posición de tener que pensar qué lugar queremos ocupar, cómo queremos vivir la época más madura y si nuestros deseos se corresponderán con las condiciones de posibilidad que nos limitan. Para conseguir habitar un nuevo espacio, primero hay que concebirlo. Y creo que ese es el trabajo pendiente que estas generaciones ya han empezado a hacer, pero para el que falta tanta tarea como futuras experiencias de vida y tanta reflexión como la que cada uno de nosotros sea capaz de aportar. Ya sabemos lo que no queremos, ahora toca seguir construyendo nuestras historias personales de un modo que no traicionen lo que hemos sido hasta ahora.

Lo que está resultando una sorpresa es que nos las tengamos que ver con el prejuicio edadista, algo para lo que no estábamos preparados, a pesar de haberlo proyectado antes en otros de formas más o menos conscientes. Nosotros, que nos creímos que esa encarnación de la juventud y la modernidad era legítima e inmutable, nos vemos afectados de repente por la discriminación etaria, incluida la positiva que nos permitirá ir al cine los martes por dos euros una vez superados los sesenta y cinco. Eso que no era para nosotros, en algún momento lo empieza a ser. Para encontrar sosiego en esa metamorfosis, se impone una revisión de la cultura en la que florecen las actitudes excluyentes a

causa de la edad, para repensar lo que nos hemos creído y lo que hemos dejado de valorar. Ese es el propósito de las reflexiones que se recogen en las siguientes páginas en forma de artículos independientes, agrupados por tener una cierta afinidad, pero cuyo orden resulta alterable a voluntad del lector. A mis sesenta años, propongo este intento de manifiesto por una nueva madurez, que nos lleve a concebir formas de ser mayor en las que tengamos cabida todos y en las que podamos incluir posibilidades que hasta ahora no se vislumbraban. Tenemos la oportunidad de liderar la revolución de la edad, una transformación social que permita conquistar lugares más deseables para los mayores y también para las generaciones que vengan después. Adelanto que no habrá atajos ni fórmulas mágicas y que esos nuevos espacios y actitudes que estamos creando serán los que cada uno de nosotros podamos componer con esfuerzo y creatividad. Ayudará mantener una mirada crítica y esperanzada hacia adentro y hacia nuestro alrededor, una postura que nos puede descubrir que lo que pensábamos que era inevitablemente así, no tiene por qué serlo.

LA EDAD DE ORO

Como todo pasó ya en Grecia, no está mal recordar que el poeta griego Hesíodo escribió sobre otras maneras de ser mayor en *Los trabajos y los días* en tiempos de Homero, hace unos dos mil setecientos años. En ese texto, Hesíodo hablaba de las «cinco edades del hombre» para referirse a unos supuestos estadios evolutivos de la humanidad de un tiempo imaginado. Las llamó la edad de oro, plata, bronce, hierro y la edad de los héroes. La de oro fue la edad idílica en la que la vejez no se vivía como una pérdida, sino como una etapa en que la plenitud era